

Mario Góngora y el catolicismo social: sus años en el conservadurismo político (1934-1937)

ANDREA BOTTO



Doctora en Historia, Pontificia Universidad Católica
Académica Universidad Finis Terrae y Pontificia Universidad Católica

Mario Góngora (1815-1985) es reconocido como uno de los más importantes historiadores chilenos del siglo XX, como un brillante investigador y ensayista, y también como un gran maestro. Aquí se presentan algunos rasgos de su trayectoria político-partidista centrada entre los años 1934 y 1937, período en el que Góngora, comprometido con un catolicismo militante proyectador de los ideales socialcristianos, militó en la juventud del Partido Conservador.

De joven, siendo estudiante de Derecho en la Universidad Católica, participó activamente en la ANEC (Asociación Nacional de Estudiantes Católicos), la cual vivió en los años 20 un acelerado proceso de renovación bajo su capellán, el sacerdote Oscar Larson. Allí Góngora conoció a varios jóvenes de connotada inteligencia y de enorme vitalidad que se abocaron a difundir el pensamiento social cristiano, específicamente en la línea de las encíclicas *Rerum Novarum* (1891) y *Quadragesimo Anno* (1931), conocidos como la «generación del 30». Los animaba llevar la Doctrina Social de la Iglesia a la acción, pero a veces lo hicieron a través de tipologías laicales bastante autónomas de la jerarquía eclesiástica, lo que incomodó a algunos obispos. A sectores del clero y del conservadurismo les molestó también que estos jóvenes desconfiaran del Partido Conservador por su adhesión al liberalismo económico y por la ceguera ante los problemas sociales del país. Parte del problema estaba en que a los católicos solo les estaba permitida la militancia política a través

del Partido Conservador. La Liga Social, fundada en 1932 por el sacerdote jesuita Fernando Vives Solar, fue uno de los círculos católicos en que participaron estos jóvenes y desde donde se difundió la idea de que el apostolado social debía realizarse al margen de cualquier actividad política.

Mario Góngora se sintió cómodo al interior de esta juventud católica apolítica. Sin embargo, el convulso ambiente de esos años, sumado al llamado que hizo el dirigente del Partido Conservador, Rafael L. Gumucio, para que la juventud católica asumiera un mayor compromiso político adhiriendo a la colectividad, lo tentaron en 1934 a ingresar al Centro de Estudiantes del Partido Conservador. Fue vicepresidente de la entidad y luego, en 1936, director de su revista *Lircay*. Góngora dio a entender que su motivación fue, ante todo, «misional»; pensaba que la «acción política» debía entenderse como un medio para propagar el mensaje católico y hacerlo audible a más personas.

Góngora militó en la Juventud Conservadora entre 1934 y 1937, años de gran conflictividad al interior del partido entre los viejos y los jóvenes: los primeros, defensores del *statu quo*; los segundos, partidarios de un cambio profundo de la sociedad de acuerdo a los principios del catolicismo social. Según constató en su diario personal, se trató de una época en que su reflexión política estuvo marcada por la tensión entre su natural pasión por el pensamiento y las ideas, y el vértigo por la necesidad de ponerlas en práctica a través de la acción política.

Percibía, no obstante, que su rol estaba más bien en un activismo intelectual; en la formulación de diagnósticos y tesis frente a la contingencia, más que en la actividad partidista en su sentido estricto. Góngora sentía una relación muy estrecha entre su fe y la política, lo cual se evidencia en que todo su ímpetu político de este período tuvo una fuerte connotación religiosa, en el sentido de que tomar «partido» era para él una exigencia del compromiso cristiano. Es justamente en este terreno, en el de las ideas, donde se desarrolló en plenitud su genialidad política: fue uno de los primeros o quizás el primero en cristianizar el concepto de revolución. Góngora insistió desde las páginas de *Lircay* en que, como cristianos, la única actitud posible de asumir frente al orden temporal era la de crítica y rebelión, y que, por eso mismo, la juventud católica debía estar en una actitud de revolución permanente. Se trataba no solo de una revolución en el terreno espiritual o simbólico, sino de recristianizar el Estado y la sociedad para superar el injusto orden temporal actual.

En 1935, el Centro de Estudiantes del partido se convirtió en Movimiento Nacional de la Juventud Conservadora, que daría paso en 1938 a la Falange Nacional. En ese período se acrecentó la tensión entre los jóvenes y los dirigentes del Partido Conservador, y cuando Góngora desplegó con fuerza sus ideas en contra de la democracia liberal y en defensa del «espíritu revolucionario cristiano». Quizás el momento cúlmine del Góngora «político» fue su discurso «Bases espirituales del orden nuevo» en la 2ª Convención Nacional de la Juventud Conservadora en 1937, momento en el cual desarrolló con asombrosa claridad sus ideas sobre el cristianismo, la actividad política, la actitud revolucionaria y la necesidad de acelerar el proceso de ruptura del Movimiento con el Partido Conservador por la gran brecha teórica y práctica que lo separaba de la juventud.

Los dirigentes del partido y algunos miembros de la jerarquía eclesiástica quedaron indignados con el discurso de Góngora. Pero Góngora también comenzó a sentir un profundo hastío de la política, tanto del Partido Conservador como del movimiento juvenil, porque creía que se entregaba maniatado a las



líneas oficiales retrógradas del partido, dando la espalda a la Doctrina Social de la Iglesia que lo había inspirado. Pero sus motivaciones no fueron solo partidistas, sino que tuvieron relación también con un distanciamiento de la Iglesia y de la fe. A fines de 1937 Góngora sufrió un verdadero desamparo existencial que lo hizo no solo renunciar al Movimiento, sino también a la Iglesia (él sostiene que nunca perdió la fe). Tras una estadía en Europa, el aún joven Góngora ingresó al Partido Comunista (1939-1941), pero también se desilusionó y renunció. Esto último debe ser entendido no como una contradicción de sus creencias y principios, sino como efecto de su búsqueda permanente de un referente absoluto en el cual pudiera sustentar sus constantes cuestionamientos. Podría afirmarse que, a partir de entonces, a Góngora lo embargó un «total escepticismo político», que él mismo reconoció más adelante en su vida. La trayectoria del pensamiento político de Góngora es compleja, vasta y en apariencia discordante, pero esas facetas son sin duda reflejo de sus dos grandes y permanentes búsquedas: la espiritual y la intelectual. Su militancia política debe ser entendida a partir de esas inquietudes. [®]